

## **CRITERIO DE VICO** **(1846)**

**JAIME L. BALMES**  
**(1810-1848)**

Edición del texto y nota a cargo de

*José Manuel Sevilla Fernández*

(Universidad de Sevilla)

RESUMEN: No por conocidos dejan de ser importantes en la tradición decimonónica de los estudios sobre Vico los dos capítulos que Jaime Balmes le dedicó en su *Filosofía Fundamental* (1846), en los que, además de reconocer el genio de Vico, expone en extenso las doctrinas del *De antiquissima* acerca del criterio de verdad y critica su relación con el escepticismo.

PALABRAS CLAVE: G. Vico, J.L. Balmes, J.M. Sevilla, *verum-factum*, escepticismo, *Filosofía Fundamental*, criterio de verdad, *De antiquissima Italorum sapientia*.

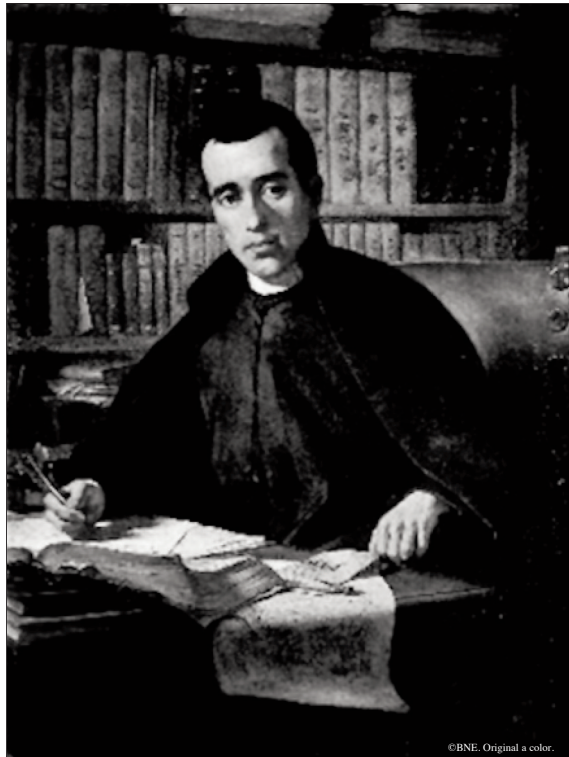
ABSTRACT: The two chapters that Jaime Balmes devoted to Vico in his *Fundamental Philosophy* (1846) and not only well-known, but very important. He recognized Vico's genius in them, he extensively exposed the doctrines about the criterion of truth in *De Antiquissima's* and he criticized their relation to skepticism.

KEYWORDS: G. Vico, J.L. Balmes, J.M. Sevilla, *verum-factum*, skepticism, *Fundamental Philosophy*, criterion of truth, *De antiquissima Italorum sapientia*.

Publicado originalmente en *Filosofía Fundamental* (1846), libro I, caps. XXX y XXXI.

Obra en DOMINIO PÚBLICO. Texto preparado a partir de las ediciones de 1848 (2ª) y 1852 (ed. "corregida", París).

*Más que por pares ciegos, el texto de Jaime L. Balmes sobre Vico ha pasado la revisión crítica e histórica de estudios histórico-filosóficos y metafísicos durante casi dos siglos de historia del pensamiento.*



Jaime L. Balmes. Obra de dominio público.

## NOTA PRELIMINAR

### A «CRITERIO DE VICO» DE JAIME L. BALMES

*José Manuel Sevilla Fernández*  
(Universidad de Sevilla)

**N**o nos entretendremos en esta Nota de presentación más que con un breve apunte, pues sobre la recepción de Vico en Balmes y sobre su aportación a los estudios viquianos ya hemos tratado en otros lugares, a los cuales remitimos al lector interesado. Entre estos tratamientos, están los que ya hemos ofrecido en: «Giambattista Vico nella cultura spagnola (1735-1985)», en el *Bollettino del Centro di Studi Vichiani* (XIX, 1989, pp. 162-192; sobre Balmes en especial pp. 180-182); «La presencia de Giambattista Vico en la cultura española I (siglos XVIII y XIX)», en *Cuadernos sobre Vico* (nº 1, 1991, pp. 11-42; especialmente pp. 26-28); «Imágenes de la modernidad de Vico reflectadas en el siglo XIX español», en *Giambattista Vico nel suo tempo e nel nostro*, a cargo de Mario Agrimi (Nápoles, CUEN - Pubblicazioni dell'Istituto Suor Orsola Benincasa, 1999, pp. 109-150; de modo principal el apdo. 3 en pp. 128-133); y de manera más completa y relacional ha sido tratada por nosotros en los apartados de nuestro volumen, publicado en 2007 en Nápoles por La Città del Sole, *El espejo de la época. Capítulos sobre G. Vico en la cultura hispánica (1737-2005)*; a saber: el apartado 4, «La recepción

del *De antiquissima* en Jaime L. Balmes», en páginas 89-96 del capítulo I de la parte II; y en el subapartado 3.1., «El sistema de Vico “revela un pensador profundo” (J.L. Balmes)», páginas 134-138 del capítulo II de la misma parte II. En esas publicaciones se da cuenta también, a título de literatura secundaria, de otros —ya clásicos— apuntes, notas y estudios, como los llevados a cabo por Franco Amerio (1948), Ramón Ceñal (1968), Ciriaco Morón Arroyo (1968), José Faur (1987, 1994), Giuseppe Martano (1988), etc.

El principal rasgo que, a primera vista, destacan los dos capítulos que Balmes dedica a Vico en su *Filosofía Fundamental* (1847) es que prestan atención al “criterio” gnoseológico de Vico formulado en su *De antiquissima* (1710), en vez de recalcar el valor de Filosofía de la Historia que los publicistas de la época, tras la estela de Michelet, atribuían a la *Scienza nuova*, obra en cartelera y ciencia en candelero decimonónico. Así, por ejemplo, coetáneos de Balmes como el también filósofo-publicista católico Juan Donoso Cortés (autor de la famosa serie de once artículos periodísticos dedicados en 1838 a «La filosofía de la Historia: J.B. Vico»), los literatos-filosofantes Juan Valera y Ramón de Campoamor o el polígrafo Alfredo Adolfo Camus, se centran en la divulgación de ideas de la Ciencia nueva. Lo mismo que, salvo excepciones como el metafísico Antonio Benavides o el jurista Manuel Durán y Bas, las apreciaciones y atenciones prestadas por importantes historiadores y hombres de letras, como Nicolás M. Serrano, fray Zeferino González, Fermín Gonzalo Morón, Facundo Goñi, José Moreno Nieto, Eduardo Benot, Antonio Pérez de la Mata, José de Castro y Castro, entre otros, desde diferentes y opuestos sesgos ideológicos van en el siglo español dirigidas a la “filosofía de la historia” de Vico. Balmes, en cambio, se centra en el criterio viquiano de verdad, en el análisis pormenorizado y crítico de las supuestas consecuencias del principio de convergencia *verum et factum*. No es poca la importancia si, además, consideramos en primer lugar que el resultado de la crítica al criterio gnoseológico de la doctrina viquiana supondría, por efecto, un torpedo en la línea de flotación de la Ciencia nueva, que no es otra que la del principio epistemológico de identificación entre *fare* y *conoscere*, y de la indeleble interrelación fundamental entre criterios de *il certo* e *il vero*, y así entre historia (filología) y filosofía. A lo que debe añadirse, en segundo lugar, la consideración hecha por el propio Balmes en su Prólogo, de que no pretende «fundar» filosofía sino «examinar sus cuestiones fundamentales», de ahí el título de la obra: «Filosofía Fundamental». Se trata, por tanto, el *criterio de Vico*, de

un asunto fundamental a examinar por parte de la filosofía moderna. He ahí una clave de la importante recepción de Vico en la cultura hispánica.

Y así lo hace el filósofo de Vich, que opera en *el sistema* de Vico como un cirujano: destacando ordenadamente la exposición de las líneas del sistema gnoseológico del *De antiquissima*, e incluso citando largos párrafos del mismo, para a continuación enjuiciarlo críticamente y valorar el sistema. Desde su posición crítica y de disenso metafísico (protomista) hacia las ideas del napolitano, Balmes, sin embargo, no ahorra en elogios llenos de admiración hacia el ingenio de Vico, al que no una sino dos veces define como «profundo pensador». Pero no transije su espíritu tomista en que el principio de que «*La inteligencia solo conoce lo que ella hace*» implique la posibilidad del conocimiento de la verdad. Si la inteligencia estuviese «condenada a no conocer sino lo que ella misma hace», ¿cómo comenzaría, entonces, el acto de entender?, viene a preguntarse Balmes; «¿qué entenderá en el primer momento, cuando aún no ha hecho nada?» La consecuencia que tiene en mente el filósofo afecta a la conciencia del teólogo que también es el pensador y clérigo catalán. Y así, aunque el argumento venga a plantearse en los ámbitos de la teoría del conocimiento y de la metafísica estricta, el problema sobrepasa sus márgenes: porque el filósofo napolitano *generaliza* su sistema «a todas las inteligencias, incluso a la divina», de modo que cuando Vico aplica su sistema de lógica basada en el principio *verum-factum* a la concepción del «Verbo» divino, según se cita del librito metafísico de Vico, lo que estaría haciendo sería lo mismo que afirmar que dicho Verbo «*se forma*» resultante «de los elementos conocidos y contenidos en la omnipotencia divina», o lo que es igual: que solo es concebido por el conocimiento de lo contenido en la todopoderosidad divina. Es decir, que de la aplicación del principio viquiano *verum-factum* del *De antiquissima* a la «inteligencia divina» se colige la proposición, inaceptable para el católico Balmes, de que «Dios entiende porque engendra»; mientras que el supuesto tomista es al contrario: «que engendra porque entiende».

En resumen, la importante atención que Balmes dedica a Vico ofrece de él, en modo negativo o inverso, una imagen de filósofo *moderno*, que sobrepasa los dogmas religiosos y abraza el escepticismo —que, presuntamente, pretendería combatir con su sistema—. Un sistema que atrae al Balmes filósofo ecléctico (o al menos no rigurosa o escolásticamente dogmático) especialmente por su ingeniosa y profunda habilidad en el «orden puramente ideal»; pero que rechaza en cuanto excede esos límites de las verdades idea-

les y entra en los dominios de la verdad revelada tanto como en los de la verdad fáctica. Lo que le repele, pues, a Balmes, no es en sí «el criterio de Vico», sino el que este haya «exagerado el valor de su criterio». Y si Balmes admite en los dominios de la pura idealidad abstracta la afirmación que atribuye a Vico acerca de «El conocimiento por el espíritu, de la obra misma del espíritu», quizás también habría debido de admitir la traducción del mismo principio en el § 331 de la *Scienza nuova* (ed. 1744): «questa verità, la quale non si può a patto alcuno chiamar in dubbio; che *questo mondo civile egli certamente è stato fatto dagli uomini*, onde se ne possono, preché se ne debbono, ritruovare i principi *dentro le modificazioni della nostra medesima mente umana.*»

En la distinción bipolarizante entre “filósofos católicos” y “filósofos racionalistas” planteada por Croce en *La filosofía de Giambattista Vico* (1911), siendo la de Balmes, dentro de la *Filosofía Fundamental*, la interpretación de un «*Vico dei cattolici liberali*», sin embargo la imagen que escapa fuera tras esa interpretación es, justa y contrariamente, aunque inadvertida, como la imagen reflejada en el espejo: la criticada de «*il Vico dei razionalisti*». Esta tesis la hemos articulado y desplegado de manera extensa y profunda en *El espejo de la época*, como médula dorsal de la modernidad de Vico en la cultura española de los siglos XVIII y XIX.

\*

Hemos preparado la presente edición del texto de Balmes de la edición original publicada en 1846 (tomando la 2ª ed. de 1848 en Barcelona), cotejada con la «Nueva Edición», así anunciada revisada y corregida, de París en 1852. Textos: JAIME BALMES, *Filosofía Fundamental* [1846], segunda edición, Barcelona, Imprenta de A. Brusi, 1848 [4ª ed. 1868, Imprenta del Diario de Barcelona, Barcelona]. JAIME BALMES, *Filosofía Fundamental*, «Nueva Edición corregida con esmero», París, Librería de Garnier Hermanos, 1852.

En la Bibliografía Balmesiana se anota, acerca de la 2ª ed. 1848, lo siguiente: «Edición cuidadosamente corregida por Balmes en cuanto al vol. I por lo que se refiere a la expresión, pues corrió el rumor de que se pensaba denunciar la obra a Roma. Los otros tres vols. no pudo corregirlos Balmes, impedido por su última enfermedad. Esta edición ha de considerarse como definitiva, al menos por lo que se refiere al vol. I, y es la que reproduce OCC, XVI-XIX. BN: -50335-8; SB:98-5-XIII-a; BNP:R.27476-27479.» («Las ediciones de Balmes», *Analecta Sacra Tarraconensia*, Fundación Balmesiana - Biblioteca Balmes, n. 33, 1960, p. 41, ítem 225 [Primera Parte de la Bibliografía Balmesiana (por Juan

de Mendoza); la 2ª se dedica en el mismo número a «Los estudios sobre Balmes»]).

Obra en Dominio Público, los ejemplares de base para el texto han sido tomados de sus ediciones digitales en GoogleBooks®, el texto de la ed. 1848; y de la Biblioteca Nacional de España - BNE Digital®, el de la ed. 1852. El texto lo hemos adaptado a la grafía actual y se han cursivado los títulos de obras y las expresiones latinas (que aparecen en redonda en los originales de las dos ediciones). Entre corchetes y en cuerpo menor se muestran en redonda los números de página correspondientes a la edición (1848) del texto base tomado, y en cursiva los números de las páginas del texto confrontado de la ed. de 1852, el cual muestra algunas diferencias en los signos de puntuación ( , ; :) respecto de la edición anterior y que no siempre implican una “corrección con esmero”. Por defecto seguiremos la puntuación de la ed. 1848, salvo en caso de que consideremos conveniente admitir la corrección de 1852, lo que será advertido en nota. Se ha realizado una revisión del texto confrontado con el de *Obras Completas* ordenadas por el p. Casanovas en la BAC, Madrid, 1948, tomo II, pp. 173-189 (obra digitalizada en <https://archive.org/>).

\* \*

La ordenación del texto se corresponde con la siguiente paginación original:

- Segunda edición 1848: Libro I, caps. XXX y XXXI (pp. 273-298 del tomo I) y Notas al libro I en el tomo I ed. 1848 (Nota XXVII «Sobre los capítulos XXX y XXXI», en pp. 361-364).
- Nueva edición 1852: Libro I, caps. XXX y XXXI (pp. 200-212 y 212-219 del tomo I respectivamente) y Notas (pp. 503-540) al finalizar el tomo I ed. 1852 (Nota XXVII «Sobre los capítulos XXX y XXXI», en pp. 522-525).

## ÍNDICE

CAP. XXX. - Criterio de Vico.

Su sistema. Su aplicación teológica. Examen. Objeciones, bajo el aspecto filosófico y el teológico. Doctrina de santo Tomas. El criterio de Vico y el escepticismo.

CAP. XXXI. — Continuación.

El criterio de Vico en el orden de las verdades ideales. Argumentos en su favor. Impugnación. Juicio del sistema de Vico. Hasta qué punto es aceptable. Su mérito. Sus inconvenientes. Dugald-Stewart, de acuerdo con Vico. Los escolásticos.

Nota XXVII: «Sobre los capítulos XXX y XXXI» (tomo I, pp. 522-525).

\* \* \*

# FISOLOFÍA FUNDAMENTAL.

por

**D. JAIME Balmes,**

PRESBITERO.

---

**TOMO I.**



Segunda edicion.

Barcelona :

**IMPRESA DE A. BRUSI.**

Calle de la Libreteria n.º 2.

---

1848.



## CRITERIO DE VICO (1846)

*Jaime L. Balmes*  
(1810-1848)

*Edición a cargo de José M. Sevilla*  
(Universidad de Sevilla)

### CAPÍTULO XXX. Criterio de Vico.

[273, ed. 1848] [200, ed. 1852]

**294.** Con las cuestiones de los capítulos anteriores relativas a la evidencia inmediata y a la mediata, está enlazada la doctrina de Vico sobre el criterio de la verdad. Cree este filósofo que dicho criterio consiste en haber hecho la verdad conocida; que nuestros conocimientos son completamente ciertos cuando se verifica dicha circunstancia; y que van perdiendo de su certeza a proporción que el entendimiento pierde su carácter de causa con respecto a los objetos. Dios, causa de todo, lo conoce perfectamente todo: la criatura, de causalidad muy limitada, conoce también con mucha limitación; y si en alguna esfera puede asemejarse a lo infinito, es en ese mundo ideal que ella propia se construye, y que puede extender a su voluntad, sin que sea dable señalarle un linde que no pueda todavía retirar.

[274] Dejemos hablar al mismo autor. «Los términos *verum et factum*, lo verdadero y lo hecho, se ponen el uno por el otro entre los latinos, o como dice la escuela, se convierten. Para los latinos *intelligere*, comprender, es lo

mismo que leer con claridad y conocer con evidencia. Llamaban *cogi*[201] *tare* lo que en italiano se dice *pensare e andar raccogliendo*; *ratio*, razón, designaba entre ellos una colección de elementos numéricos, y ese don que distingue al hombre de los brutos y constituye su superioridad. Llamaban ordinariamente al hombre un animal partícipe de la razón (*rationis particeps*) y que por tanto no la posee absolutamente. Así como las palabras son los signos de las ideas, las ideas son los signos y representaciones de las cosas. Así como leer, *legere*, es reunir los elementos de la escritura de los cuales se forman las palabras, la inteligencia, *intelligere*, consiste en reunir todos los elementos de una cosa, de lo que resulta la idea perfecta. Por donde podemos conjeturar que los antiguos italianos admitían la doctrina siguiente sobre lo verdadero: lo verdadero es lo hecho mismo; y por consiguiente Dios es la verdad primera porque es el primer hacedor (*factor*), la verdad infinita porque ha hecho todas las cosas; la verdad absoluta pues que representa todos los elementos de las cosas tanto internos como externos, porque los contiene. Saber es reunir los elementos de las cosas; de donde se sigue que el pensamiento (*cogitatio*) es propio del espíritu humano, y la inteligencia lo [275] es del espíritu divino: porque Dios reúne todos los elementos de las cosas internos y externos a causa de que los contiene, y él propio es quien los dispone; mientras el espíritu humano limitado como es, y fuera de todo lo que no es él mismo, puede aproximar los puntos extremos, mas no reunirlos todo; de manera que puede pensar sobre las cosas, pero no comprenderlas; y he aquí por qué participa de la razón, mas no la posee. Para aclarar estas ideas con una comparación, lo verdadero divino es una imagen sólida de las cosas, como una figura plástica; lo verdadero humano es una imagen plana sin profundidad, como una pintura. Así como lo verdadero divino lo es, porque Dios en el acto mismo de su conocimiento dispone y produce, lo verdadero humano es para las cosas en que el hombre dispone y crea de una manera [202] semejante. La ciencia es el conocimiento del modo con que la cosa se hace; conocimiento en el cual el espíritu mismo hace el objeto, pues que recompone sus elementos. El objeto es un sólido para Dios que comprende todas las cosas; una superficie para el hombre que no comprende sino lo exterior. Establecidos estos puntos, para ponerlos mas fácilmente en armonía con nuestra religión, conviene saber[] que los antiguos filósofos de Italia identificaban lo verdadero con lo hecho, porque creían el mundo eterno: así los filósofos paganos adoraron un Dios que obraba siempre *ad extra*, cosa

desechada por nuestra teología. Por cuyo motivo [276] en nuestra religión, en la cual profesamos que el mundo ha sido criado de la nada en el tiempo, es necesario establecer una distinción, identificando lo verdadero criado con lo hecho, y lo verdadero increado con el *engendrado* (*genito*). Así la Sagrada Escritura con una elegancia verdaderamente divina, llama Verbo a la sabiduría de Dios que contiene en sí las ideas de todas las cosas y los elementos de las ideas mismas. En este Verbo, lo verdadero es la comprensión misma de todos los elementos de este universo, la cual podría formar infinitos mundos. De estos elementos conocidos y contenidos en la omnipotencia divina, se forma el Verbo real absoluto, conocido desde toda la eternidad por el Padre y engendrado por él, también desde toda la eternidad.» (*De la antigua sabiduría de la Italia*, lib. 1, cap. 1).

**295.** De estos principios saca Vico consecuencias muy trascendentales, entre ellas la de explicar la causa de la división de nuestra ciencia en muchos ramos, y de los diferentes grados de certeza con que se distinguen. Las matemáticas son las más ciertas porque son una especie de creación del entendimiento, que partiendo de la unidad y de un punto, se construye un mundo de formas y de números, prolongando las líneas y multiplicando la unidad hasta lo infinito. Así conoce lo que él mismo produce, resultando que los mismos teoremas tenidos vulgarmente [203] como objetos de pura contemplación, han menester acción como los problemas. La mecánica ya es me[277]nos cierta que la geometría y la aritmética, porque considera el movimiento realizado en las máquinas: y la física lo es todavía menos, porque no considera como la mecánica el movimiento externo de las circunferencias sino el movimiento interno de los centros. En las ciencias del orden moral hay todavía menos certeza, porque no se ocupan de los movimientos de los cuerpos, los cuales dimanar de un origen cierto y constante que es la naturaleza, sino de los movimientos de las almas que se realizan a grandes profundidades y con frecuencia nacen del capricho.

«La ciencia humana, dice, ha nacido de un defecto del espíritu humano, que en su extrema limitación está fuera de todas las cosas, no contiene nada de lo que quiere conocer, y por consiguiente no puede hacer la verdad a la cual aspira. Las ciencias más ciertas son las que expían el vicio de su origen, y se asimilan como creación a la ciencia divina, es decir, aquellas en que lo verdadero y lo hecho son mutuamente convertibles.

»De lo que precede se puede inferir que el criterio de lo verdadero y

la regla para reconocerle, es el *haberle hecho*; por consiguiente la idea clara y distinta que tenemos de nuestro espíritu, no es un criterio de lo verdadero, y no es ni aun un criterio de nuestro espíritu; porque el alma conociéndose, no se hace a sí misma; y pues que no se hace, no sabe la manera con que se cono[278]ce. Como la ciencia humana tiene por base la abstracción, las ciencias son tanto menos ciertas cuanto más se acercan a la materia corporal. ....

.....

.....

»Para decirlo en una palabra, lo verdadero es convertible con lo bueno, si lo que es conocido como verdadero tiene su ser del espíritu que lo conoce, imitando la ciencia humana a la divina, por la cual Dios conociendo lo verda[204]dero lo engendra *en lo interior* en la eternidad, y lo hace *en lo exterior* en el tiempo. En cuanto al criterio de verdad, es para Dios el comunicar la bondad a los objetos de su pensamiento (*vidit Deus quod essent bona*): y para los hombres el haber *hecho lo verdadero que conocen*.» (*Ibidem*, §1.)

**296.** No puede negarse que el sistema de Vico revela un pensador profundo que ha meditado detenidamente sobre los problemas de la inteligencia. La línea divisoria en cuanto a la certeza de las ciencias es sobre manera interesante. A primera vista nada más especioso que la diferencia señalada entre las ciencias matemáticas y las naturales y morales. Las matemáticas son absolutamente ciertas porque son obra del entendimiento, son como el entendimiento las ve, porque él mismo las construye; al contrario, las naturales y morales versan sobre objetos independientes de la razón, que tienen por sí mismos una existencia propia, y de aquí es que el entendimiento conoce poco de ellos; y en esto se engaña con tanta más facilidad cuanto más penetra [279] en la esfera donde su construcción no alcanza. He llamado especioso a este sistema, porque examinado a fondo se le encuentra destituido de cimiento sólido; al paso que he reconocido en su autor un pensamiento profundo, porque efectivamente lo hay en considerar las ciencias bajo el punto de vista que él las considera.

**297.** La inteligencia solo conoce lo que hace. Esta proposición que resume todo el sistema de Vico, no puede afianzarse en nada; y el filósofo napolitano se encontraría detenido en sus primeros pasos con solo pedirle la prueba de lo que afirma. ¿Por qué<sup>1</sup> la inteligencia solo conoce lo que hace?

---

1. En la ed. 1852 dice siempre “porqué”, pero en la ed. 1848 aparece siempre “por qué”. [N. del E.]

¿por qué el problema de la representación no ha de tener solución posible sino en la causalidad? Creo haber demostrado que a más de este origen se encuentra otro en la identidad, y también en la idealidad enlazada del modo debido con la causalidad.

**298.** Entender no es causar: puede haber, y la hay en efecto[,] una inteligencia productora; pero en general el acto de entender y el de causar ofrecen ideas distintas. La inteligencia supone una actividad, porque sin esta no se concibe aquella vida íntima que distingue al ser inteligente: pero esta actividad no es productora de los objetos conocidos, se ejerce de un modo inmanente sobre estos objetos, presupuestos ya en unión con la inteligencia, mediata o inmediatamente. [205]

**299.**<sup>2</sup> Si la inteligencia estuviese condenada a no conocer sino lo que ella misma hace, no es fácil [280] concebir cómo el acto de entender pudiera comenzar; colocándonos en el momento inicial, no sabremos cómo explicar el desarrollo de esta actividad: porque, si no puede entender sino lo que ella hace, ¿qué entenderá en el primer momento cuando aún no ha hecho nada? En el sistema que nos ocupa, no hay otro objeto para la inteligencia que el que ella misma se produce; por otra parte, entender sin objeto entendido es una contradicción; así, en el momento inicial, no habiendo nada producido, no puede haber nada entendido; y por consiguiente la inteligencia es inexplicable. No cabe suponer que la actividad se despliega ciegamente; no hay nada ciego cuando se trata de representación, y la actividad productiva se refiere esencialmente a cosas representadas en cuanto representadas. El que estas sean producidas en lo exterior con existencia distinta de la representación intelectual, es indiferente para el problema de la inteligencia. Así, como explica el mismo Vico, la razón humana conoce lo que ella construye en un mundo puramente ideal, y Dios conoce al Verbo que engendra, no obstante de que este Verbo no está fuera de la esencia divina sino identificado con ella.

**300.** No se contenta el filósofo napolitano con aplicar su sistema a la razón humana; lo generaliza a todas las inteligencias, incluso la divina; bien que procurando, con [206] loable religiosidad, conciliar sus doctrinas ideológicas con los dogmas del cristianismo. Y en verdad que los problemas [281]

---

2. Errata de numeración: “399.” en la ed. 1852. [N. del E.]

de la inteligencia no pueden resolverse cumplidamente sino encumbrándose a tanta altura. Para conocer al entendimiento humano, no basta seguir los pasos de la humana razón; es necesario proponerse además el problema general de la inteligencia misma, ora se limite como la nuestra a flacas vislumbres, ora se dilate por las regiones de la infinidad en un piélago de luz. Las sublimes palabras con que san Juan comienza su Evangelio, encierran, a más de la verdad augusta enseñada por la inspiración divina, doctrinas trascendentales, que aun miradas bajo un punto de vista puramente filosófico, son de una importancia mayor de la que encontrarse pudiera en las palabras de ningún hombre.

Al identificar lo verdadero con lo hecho, advierte Vico que según el dogma de nuestra religión, es necesario distinguir entre lo creado y lo increado. A lo primero se le debe llamar hecho, a lo segundo engendrado. Pondera la elegancia divina con que la Escritura santa llama Verbo a la sabiduría de Dios, en la cual se contienen las ideas de todas las cosas, y los elementos de las ideas mismas; sin embargo, sus palabras son muy inexactas, cuando al explicar la concepción de dicho Verbo, parecen dar a entender que solo resulta de los elementos conocidos y contenidos [282] en la omnipotencia divina. «En este Verbo, dice, lo verdadero es la comprensión misma de todos los elementos de este universo, la cual podría formar infinitos mundos; de estos elementos conocidos y contenidos en la omnipotencia divina, se *forma* el Verbo real, absoluto, conocido desde toda la eternidad por el Padre, y engendrado por él desde toda la eternidad.» (*De la antigua sabiduría de la Italia*, lib. 1. cap. 1). Si el autor quiere significar que el Verbo es concebido por solo el conocimiento de lo contenido en la omnipotencia divina, su aserción es falsa: si no quiso significar esto, su locución es inexacta. [207]

Santo Tomás (1ª parte, cuest. 34, art. 3) pregunta si en el nombre del Verbo se contiene alguna relación a la criatura[,] «*utrum in nomine Verbi importetur respectus ad creaturam*», y allí resuelve la cuestión con admirable laconismo y solidez. «Respondo que en el Verbo se contiene relación a la criatura. Dios conociéndose a sí mismo, conoce a toda criatura. El Verbo pues, concebido en la mente, es representativo de todo aquello que actualmente se entiende. Así en nosotros hay diversos verbos según son diversas las cosas entendidas. Pero como Dios con un solo acto se conoce a sí y a todas las cosas, su único Verbo es expresivo no solo del Padre sino también de las criaturas. Y así como la ciencia de Dios en cuanto a Dios es solo cono-

cimiento, pero en cuanto a las criaturas es conocimiento y causa, así el Verbo de Dios con respecto a Dios Padre, es solo expresivo, pero con relación a las criaturas es expresivo y productivo, por cuya razón se dice en el salmo 32: dijo, y las cosas fueron he[283]chas, porque en el Verbo se contiene la razón productiva de las cosas que Dios hace» (1).

Por este pasaje se echa de ver que según la doctrina de santo Tomás, el Verbo expresa también a las criaturas, pero que él es concebido no solo por el conocimiento de [208] estas, sino y primariamente, por el conocimiento de la esencia divina: «el Padre, dice en otra parte el santo Doctor, entendiéndose a sí y al Hijo y al Espíritu Santo y a todas las cosas contenidas en su ciencia, concibe al Verbo de manera que toda la Trinidad es *dicha* en el Verbo y también toda criatura» (2).

**301.** Hay también otra doctrina de santo Tomás que se opone al sistema de Vico. Según este, la inteligencia conoce lo que hace, y solo lo que hace, y solo porque lo hace; pues que lo hecho y lo verdadero son convertibles, siendo lo hecho el único criterio de verdad. Esta doctrina la aplica [284] Vico a la inteligencia divina sustituyendo a *hecho, engendrado*; con lo cual invierte el orden de las ideas, pues que ni según nuestro modo de concebir, Dios entiende porque engendra, sino que engendra porque entiende; no se concibe la generación del Verbo sin concebir antes la inteligencia. «En quien entiende, dice santo Tomás, por lo mismo que entiende, procede alguna cosa dentro de él, lo cual es el concepto de la cosa entendida, y proviene de la fuerza intelectual y de su noticia» (3).

Esta doctrina de santo Tomás confirma la opinión expuesta más arriba, sobre la imposibilidad de explicar el acto intelectual por sola la producción. Es evidente que para producir en el orden intelectual, es necesario

(1) *Respondeo dicendum, quod in Verbo importatur respectus ad creaturam. Deus enim cognoscendo se, cognoscit omnem creaturam. Verbum igitur in mente conceptum est representativum omnis eius\*, quod acta intelligitur. Unde in nobis sunt diversa verba, secundum diversa, quae intelligimus. Sed quia Deus uno actu et se, et omnia intelligit, unicum verbum eius est expressivum, non solum Patris sed etiam creaturarum. Et sicut Dei scientia, Dei quidem est cognoscitiva tantum, creaturarum autem cognoscitiva et factiva; ita verbum Dei, eius quod in Deo Patre est, est expressivum tantum, creaturarum vero est expressivum,\*\* et operativum, et propter hoc dicitur in Psal. 32. Dixit, et facta sunt, quia importatur in verbo ratio factiva eorum quae Deus facit.\*\*\* [\* En la ed. 1852 siempre "ejus". \*\*En la ed. 1852 desaparece la coma. \*\*\* Ed. 1852: "dicitur in Psal. 32: Dixit et facta sunt,..." (N. del E.)]*

(2) *Pater enim intelligendo se et Filium et Spiritum Sanctum et omnia alia quae eius scientia continentur, concipit Verbum, ut sic tota Trinitas Verbo dicatur, et etiam omnis creatura. (1 part., q. 34, art. 1, ad 3.).*

(3) *Quicumque autem intelligit ex hoc ipso quod intelligit, procedit aliquid intra ipsum, quod est conceptio rei intellectae ex vi intellectiva proveniens et ex eius noticia procedens. Quam quidem conceptionem vox significat, et dicitur verbum cordis, significatum verbo vocis. (1 p., q. 27, art. 1.).*

entender ya: y por consiguiente en el momento inicial de toda in[209]teligencia, no puede ponerse la acción productiva sino la intuición del objeto. En este mismo sentido habla santo Tomás, en el modo que hablar puede el hombre de las cosas divinas: no funda en la generación del Verbo la inteligencia divina; antes por el contrario, en la inteligencia funda la generación del Verbo. Dios, según santo Tomás, engendra al Verbo porque entiende, no entiende porque engendra;<sup>3</sup> y si bien en este Verbo pone [285] el santo Doctor la expresión de todo cuanto está contenido en Dios, es presuponiendo la inteligencia divina, con la cual se hace posible decir o proferir el Verbo. El orden de los conceptos, pues, es el siguiente: entendimiento, objeto entendido, verbo procedente de la acción de entender por el cual el ser inteligente se expresa, se dice a sí propio la misma cosa entendida. Aplicadas estas ideas a Dios, serán: Dios Padre inteligente; esencia divina con todo lo que ella contiene, entendida; Verbo o Hijo engendrado por este acto intelectual, y expresivo de todo lo que se encierra en este acto generador.

**302.** No es mi ánimo inculpar a Vico, solo he querido hacer notar la inexactitud de sus palabras, haciéndole por otra parte la justicia de creer que él entendía las cosas del mismo modo que las he explicado, aunque no acertó a expresarse con la debida claridad. Pasemos ahora a considerar el sistema de Vico bajo puntos de vista menos delicados.

Es fácil notar que admitiendo lo hecho por único criterio de verdad, la inteligencia queda incomunicada con todo lo que no sean sus obras. Ni a sí misma se puede conocer, porque no se hace. «El alma, conociéndose, dice Vico, no se hace, y por lo mismo no sabe la manera con que se conoce»; de suerte que prescindiendo del problema de la inteligibilidad que se ha ventilado más arriba (cap. XII), niega Vico a nuestra alma el criterio de sí propia por la única razón de que [286] no se causa a sí misma. Entonces, la [210] identidad lejos de ser un origen de representación,<sup>4</sup> como se ha probado (cap. XI), es incompatible con ella; nada podrá conocerse a sí mismo porque nada se hace a sí mismo.

---

**3.** “:” en la ed. del 48; “;” en la del 52. (Como ya ha sido advertido, usamos por defecto la puntuación gramatical de la 2ª ed. de 1848 —corregido el tomo 1 por Balmes—. A pesar de los variados cambios en signos de puntuación que se dan en la ed. 1852, no damos cuenta de ellos por numerosos, salvo en el caso de que, como ahora, optemos por la puntuación corregida.) [N. del E.]

**4.** “;” en ed. 1852, la coma no figura en la de 1848. [N. del E.]



De esto resulta un gravísimo error; pues que se infiere que tampoco Dios puede conocerse a sí mismo; porque no se causa a sí mismo. Ni baste decir que se conoce en el Verbo, pues que si no se supone la inteligencia, el Verbo es imposible.

**303.** Todo el mundo de la realidad distinto del ser intelectual, será desconocido para siempre; de donde se deduce que el sistema de Vico lleva al escepticismo más riguroso. ¿Qué admite el filósofo napolitano? El conocimiento por el espíritu, de la obra misma del espíritu; en esto se comprenden los actos de conciencia y todos los objetos puramente ideales que en ella nos creamos: esto también lo admiten los escépticos, ninguno de ellos dejará de convenir que hay en nosotros conciencia, que hay un mundo ideal, obra de esta conciencia misma o atestiguado por ella.

Si pues no admitimos otro criterio de verdad que lo hecho, abrimos la puerta al escepticismo, abandonamos el mundo de las realidades para establecernos en el de las apariencias. No obstante, ¡singularidad de las opiniones humanas! Vico pensaba todo lo contrario; él creía que solo con su sistema era posible rebatir a los escépticos. Es curioso oírle decir con admirable seriedad[:] «el único medio de destruir el escepticismo es tomar por criterio de verdad, que cada cual está seguro de lo verdadero que hace». ¿En qué puede fundarse tamaña extrañeza? Oigamos al filósofo, que dice cosas muy buenas, pero que no se alcanza cómo pueden conducir a la destrucción del escepticismo. «Los escépticos van repitiendo siempre que las cosas les *parecen*, pero que ignoran lo que ellas son en realidad; [211] confiesan los efectos y conceden por consiguiente que estos efectos tienen sus causas; pero afirman que no conocen a estas porque ignoran el género o la forma según la cual las cosas se hacen. Admitid estas proposiciones, y retorcedlas contra ellos de la manera siguiente: esta comprensión de causas que contiene todos los géneros o todas las formas bajo las cuales son dados todos los efectos, cuyas apariencias confiesa ver el escéptico, pero cuya esencia real asegura ignorar; esta comprensión de causas se halla en la primera verdad que las comprende todas, y donde todas están contenidas hasta las últimas. Y pues que esta verdad las comprende todas, es infinita, y no excluye ninguna, y tiene la prioridad sobre el cuerpo que no es más que un efecto. Por consiguiente esta verdad es alguna cosa espiritual, en otros términos[,] es Dios, el Dios que confesamos nosotros los cristianos; sobre esta verdad debemos medir la verdad humana, pues que la verdad humana es aquella cuyos ele-

mentos hemos [288] ordenado nosotros mismos, aquello que contenemos en nosotros y que por medio de ciertos postulados podemos prolongar y seguir hasta lo infinito. Ordenando estas verdades las conocemos, y las hacemos a un mismo tiempo; y he aquí por qué en este caso poseemos el género o la forma según la cual hacemos» (*Ibid.*, 3).

En esta refutación de los escépticos nada encuentro que pueda destruir el escepticismo. Aun suponiendo que todos admiten el principio de causalidad, lo que no es exacto, ¿qué se puede sacar de este principio cuando se señala por único criterio la obra del mismo entendimiento que ha de emplear el principio? Si no hay más criterio que el de causalidad, el entendimiento se encuentra aislado, sin poder ir más allá en el orden de los efectos<sup>5</sup> que hasta donde llegan los producidos por él mismo; y en el de las causas, no puede subir más arriba que de sí propio; porque si sube, ya conoce cosas que él no ha hecho, a saber, la causa que le ha producido a él. En este supuesto los escépticos [212] quedan triunfantes; el conocimiento se reduce al mundo interior, a las simples apariencias; cuando de estas se quiera salir,<sup>6</sup> se tropieza con el obstáculo del criterio único, el cual se opone al conocimiento de todo lo *no hecho* por el entendimiento mismo. Entonces la realidad nos está vedada y nos hallamos separados de ella por un vallado insalvable. El mundo en sí, será lo que se quiera suponer; mas para nosotros no será nada. Esta ley se apli[289]cará a todas las inteligencias, de manera que la realidad solo podrá ser conocida por la causa primera.

Estas consecuencias son inadmisibles en no arrojándose sin reserva al campo del escepticismo, y no obstante son inevitables en el sistema de Vico. Original ocurrencia la de querer combatir el escepticismo con un sistema que le abre la más anchurosa puerta.

---

5. Sin coma en la ed. del '52; con ella en la del '48. [N. del E.]

6. Con coma en la ed. del '52; sin ella en la del '48. [N. del E.]

## CAPÍTULO XXXI.

### Continuación.

**304.** Si en algún terreno pudiera ser admitido el criterio del filósofo napolitano, sería en el de las verdades ideales. Como estas prescinden absolutamente de la existencia, puede suponérselas conocidas hasta por un entendimiento que no las produzca en la realidad. En cuanto conocidas por el entendimiento nada envuelven de real, y por consiguiente no entrañan ninguna condición que exija fuerza productiva, a no ser que esta se refiera a un orden de pura idealidad. En este orden parece que la razón humana produce efectivamente: porque, tomando por ejemplo la geometría, es fácil de notar que aun en su parte más ele[213]vada y de mayor complicación, no [290] es más que una especie de construcción intelectual donde solo se halla lo que la razón ha puesto.

Esta razón es la que a fuerza de trabajo ha ido reuniendo los elementos y combinándolos de distintas maneras hasta llegar al asombroso resultado del cual pueda decir con verdad: esto es mi obra.

Sígase con atenta observación el desarrollo de la ciencia geométrica, y se echará de ver que la dilatada serie de axiomas, teoremas, problemas, demostraciones, resoluciones, arranca de unos cuantos postulados, y que continúa siempre con la ayuda o de estos mismos o de otros que la razón excogita, conforme lo exige la necesidad o la utilidad.

¿Qué es la línea? Una serie de puntos. La línea pues es una construcción intelectual, no envuelve otra cosa que las fluxiones sucesivas de un punto. ¿Qué es el triángulo? Una construcción intelectual en que se reúnen los extremos de tres líneas. ¿Qué es el círculo? Es otra construcción intelectual, el espacio encerrado por la circunferencia, formada a su vez por el extremo de una línea que gira al rededor de un punto. ¿Qué son todas las demás curvas? Líneas marcadas por el movimiento de un punto con arreglo a una cierta ley de inflexión. ¿Qué es la superficie? ¿No se engendra su idea con el movimiento de una línea, así como el sólido con el movimiento de una superficie? ¿Qué son todos los objetos de la geometría sino líneas, superficies, y [291] sólidos de varias especies y con diversas combinaciones?

La aritmética universal es una creación del entendimiento, ora la consideremos en la aritmética propiamente dicha, ora en el álgebra. El número

es un conjunto de unidades; el entendimiento es quien las reúne: el dos no es más que uno más uno, el tres es dos más uno, y de esta suerte se forman todos los valores numéricos. Por consiguiente las ideas expresivas de estos valores contienen una [214] creación de nuestro espíritu, son su obra, nada encierran sino lo que él mismo ha puesto en ellas.

Ya se ha notado que el álgebra es una especie de lenguaje. Sus reglas tienen una parte de convencionales, y las fórmulas más complicadas se resuelven en un principio convencional. Tomemos una muy sencilla:  $a^0 = 1$ ; ¿por qué? porque  $a^0 = a^{n-n}$ ; ¿por qué? La razón es porque se ha convenido en señalar la división por la resta de los exponentes; y por consiguiente  $a^n/a^n$  que evidentemente que es igual a uno, se puede expresar por  $a^n/a^n = a^{n-n} = a^0$ .

**305.** Estas observaciones parecen probar que en realidad es verdadero el sistema de Vico en lo que concierne a las matemáticas puras, es decir,<sup>7</sup> a una ciencia del orden puramente ideal. Aunque tal vez podría ensayarse lo mismo con relación a otras ciencias, por ejemplo a la metafísica, no [292] lo haré, porque en saliendo de las matemáticas, ya es difícil encontrar un terreno donde no haya opiniones opuestas. Además, que en habiendo manifestado hasta qué punto es admisible el sistema de Vico en las ciencias matemáticas, quedarán también resueltas las dificultades que puede haber en lo que concierne a otros ramos.

**306.** El entendimiento construye en un orden puramente ideal, es innegable; y en esto convienen todas las escuelas. Nadie duda de que la razón supone, combina, compara, deduce: operaciones que no pueden concebirse sin una especie de construcción intelectual. En este caso el entendimiento sabe lo que hace, porque su obra le está presente; cuando combina sabe lo que combina, cuando compara y deduce, sabe lo que deduce y compara, cuando estriba en ciertas suposiciones que él mismo ha<sup>8</sup> establecido, sabe en qué consisten, pues se apoya en ellas.

**307.** El entendimiento conoce lo que hace, pero conoce [215] más de lo que hace; hay verdades que no son ni pueden ser su obra, pues que son el cimiento de todas sus obras: por ejemplo, el principio de contradicción. ¿Puede decirse que la imposibilidad de ser y no ser una cosa a un mismo

---

7. Con “,” en la ed. del ‘52; sin ella en la del ‘48. [N. del E.]

8. Errata en la ed. del ‘52: dice “al” en vez de “ha”. [N. del E.]

tiempo, sea obra de nuestra razón? No ciertamente. La razón misma es imposible si el principio no está supuesto ya; el entendimiento le encuentra en sí propio como una ley absolutamente necesaria, como una condición *sine qua non* de todos sus actos. He aquí fallido el criterio [293] de Vico: «el entendimiento sólo conoce la verdad que hace»; sin embargo, la verdad del principio de contradicción, el entendimiento la conoce y no la hace.

**308.** Los hechos de conciencia son conocidos por la razón, no obstante de que no son su obra. Estos hechos a más de estar presentes a la conciencia son objeto de las combinaciones de la razón; he aquí otro caso en que falla el criterio de Vico.

**309.** Aun en las cosas que son obra puramente intelectual, el entendimiento conoce lo que hace, pero no hace lo que quiere; de lo contrario sería menester decir que las ciencias son absolutamente arbitrarias; en vez de los resultados geométricos que tenemos ahora, podríamos tener tantos otros cuantos son los hombres que piensan en líneas, superficies y sólidos. ¿Esto qué indica? Que la razón está sometida a ciertas leyes, que sus construcciones están ligadas a condiciones de que no se puede prescindir: una de ellas es el principio de contradicción, al cual no se puede faltar nunca so pena de anonadar todo conocimiento. Es verdad que se llega a sacar el volumen de una esfera por medio de una serie de construcciones intelectuales; pero yo pregunto, ¿pueden dos entendimientos llegar a dos valores diferentes? No, esto es absurdo; seguirán quizás diversos caminos, expresarán sus demostraciones y sus resultados de distintas maneras, pero el valor es el mismo; si hay diferencia, hay error por una u otra parte. [294] [216]

**310.** Profundizando la materia se echa de ver que la construcción intelectual de que nos habla Vico, es una cosa generalmente admitida. Lo que hay de nuevo en el sistema de este filósofo son dos cosas, una buena y otra mala: la buena, es el haber indicado una de las razones de la certeza de las matemáticas y demás ciencias de un orden puramente ideal; la mala es el haber exagerado el valor de su criterio.

He dicho que el sistema del filósofo napolitano expresaba un hecho generalmente reconocido, mas que por su parte lo había exagerado. No cabe duda que el entendimiento crea en algún modo las ciencias ideales, ¿pero de qué manera? No de otra sino tomando postulados, y combinando los datos de varias maneras. Aquí se acaba su fuerza creatriz; porque en esos postulados y en esas combinaciones encuentra verdades necesarias que él no ha puesto.

¿Qué es el triángulo en el orden puramente ideal? Una creación del entendimiento: él es quien dispone las líneas en forma triangular, él es quien<sup>9</sup> salva esa misma forma, la modifica de infinitas maneras. Hasta aquí no hay más que un postulado y diferentes combinaciones del mismo. Pero las propiedades del triángulo dimanen por absoluta necesidad de las condiciones del mismo postulado; estas propiedades el entendimiento no las hace, las encuentra. El ejemplo del triángulo es aplicable a toda la geometría; el entendimiento toma un postulado, esta es su obra libre, con tal [295] que no se ponga en lucha con el principio de contradicción; de este postulado dimanen consecuencias absolutamente necesarias, independientes de la acción intelectual, que encierran una verdad absoluta conocida por el entendimiento mismo. Por consiguiente con respecto a ellas, es falso el decir que las hace. Un hombre pone un cuerpo en tal disposición, que abandonado a su gravedad cae al suelo; ¿es el hombre quien le da la fuerza de caer? [;] no por cierto, sino la naturaleza. Lo que el hombre hace es poner [217] la condición bajo la cual la fuerza de gravedad pueda producir sus efectos: desde que la condición existe, la caída es inevitable. He aquí una semejanza que manifiesta con claridad y exactitud lo que sucede en el orden puramente ideal: el entendimiento pone las condiciones, pero de estas dimanen otras verdades, *no hechas* por el entendimiento, sino conocidas; esta verdad es absoluta, es como si dijéramos la fuerza de gravedad en el orden de las ideas. He aquí deslindado lo que hay de admisible e inadmisible en el sistema de Vico. Admisible, la fuerza de combinación, hecho generalmente reconocido; inadmisible, la exageración de este hecho extendido a todas las verdades, cuando solo comprende los postulados en sus varias combinaciones.

En las reglas algebraicas hay una parte de convencional, en cuanto se refieren a la *expresión*; porque es evidente que esta podría haber sido diferente. Pero supuesta la expresión, el des[296]arrollo de las reglas no es convencional, sino necesario. En la misma expresión  $a^n/a^n$ , claro es que el número de veces que la cantidad  $a$  entra por factor, podía haberse expresado de infinitas maneras; pero supuesto que se ha adoptado la presente, no es convencional la regla sino absolutamente necesaria; pues que sea cual fuere la expresión, siempre es cierto que la división de una cantidad por sí misma con distintos exponentes, da por resultado la disminución del número de veces

---

9. Suprimimos la coma que está en las dos ediciones. Doce líneas abajo incluimos “;” entre corchetes. [N. del E.]

que entra por factor; lo que se significa por la resta de los exponentes; y por tanto, si el número de veces es igual en el dividendo y en el divisor, el resultado ha de ser = 0. Por donde se echa de ver, que aun en el álgebra, lo que hace el entendimiento es poner las condiciones, y expresarlas como mejor le parece: mas aquí se concluye su obra libre, pues de estas condiciones resultan verdades necesarias; él no las hace, solo las conoce. [218]

El mérito de Vico en este punto consiste en haber emitido una idea muy luminosa sobre la causa de la mayor certeza en las ciencias puramente ideales. En estas el entendimiento pone él propio las condiciones bajo las cuales ha de levantar el edificio; él escoge, por decirlo así, el terreno, forma el plan, y levanta las construcciones con arreglo a este; en el orden real este terreno le es previamente señalado, así como el plan del edificio y los materiales con que lo ha [297] de levantar. En ambos casos está sometido a las leyes generales de la razón; pero con la diferencia de que en el orden puramente ideal, ha de atender a esas leyes y a nada más; pero en el real, no puede prescindir de los objetos considerados en sí, y está condenado a sufrir todos los inconvenientes que por su naturaleza le ofrecen. Aclaremos estas ideas con un ejemplo. Si quiero determinar la relación de los lados de un triángulo bajo ciertas condiciones, me basta suponerlas y atenerme a ellas; el triángulo ideal es en mi entendimiento una cosa enteramente exacta y además fija: si le supongo isósceles con la relación de los lados a la base como de cinco a tres, esta razón es absoluta, inmutable, mientras yo no altere el supuesto; en todas las operaciones que haga sobre estos datos puedo engañarme en el cálculo, pero el error no provendrá de la inexactitud de los datos. El entendimiento conoce bien, porque lo conocido es su misma obra. Si el triángulo no es puramente ideal sino realizado sobre el papel o en el terreno, el entendimiento vacila; porque las condiciones que él fija con toda exactitud en el orden ideal, no pueden ser trasladadas de la misma manera al orden real: y aun cuando lo fuesen, el entendimiento carece de medios para apreciarlo. He aquí por qué dice Vico con mucha verdad, que nuestros conocimientos pierden en certeza a proporción que se alejan del orden ideal y se golfan en la realidad de las cosas.

**311.**<sup>10</sup> Dugald Stewart se aprovecharía proba[298]blemente de [219] esta doctrina de Vico al explicar la causa de la mayor certeza de las ciencias

---

**10.** La ed. de 1852 coloca el número del párrafo 311 en el párrafo anterior «El mérito de Vico...» (y numera los dos siguientes como 312 y 313). Hemos dejado el orden de la ed. de 1848, que además aparece igual en la 4ª ed. en 1858 (p. 188); y así también en la ed. de las OC de la BAC (1948). [N. del E.]

matemáticas. Dice que esta no se funda en los axiomas sino en las definiciones; es decir que con corta diferencia<sup>11</sup> viene a parar al sistema del filósofo napolitano de que las matemáticas son las ciencias más ciertas, porque son una construcción intelectual fundada en ciertas condiciones que el mismo entendimiento pone, y que están expresadas por la definición.

**312.** Esta diferencia entre el orden puramente ideal y el real no se había escapado a los filósofos escolásticos. Era común entre ellos el dicho de que de los contingentes y particulares no hay ciencia, que las ciencias solo son de las cosas necesarias y universales: sustituid a la palabra contingente la de realidad, pues toda realidad finita es contingente; en vez de universal poned ideal, pues lo puramente ideal es todo universal; y encontraréis expresado lo mismo con distintas palabras. Difícil es deslindar hasta qué punto se hayan aprovechado los filósofos modernos de las doctrinas de los escolásticos en lo tocante a la distinción entre los conocimientos puros y los empíricos; pero lo cierto es que en las obras de los escolásticos se hallan sobre estas cuestiones, pasajes sumamente luminosos. No fuera extraño que hubiesen sido leídos por algunos modernos, particularmente por los alemanes, cuya laboriosidad es proverbial, especialmente en lo que toca a las materias de erudición (XXVII). [299]

\* \* \*

### “NOTAS”<sup>12</sup>

[361] [522]

### (SOBRE LOS CAPÍTULOS XXX y XXXI)

(XXVII) He indicado que quizás Dugald-Stewart se había aprovechado de las doctrinas de Vico; sin que por esto quiera hacerle el cargo que se dirigió contra su maestro Reid, de quien se dijo que resucitaba las doctrinas del P. Buffier,<sup>13</sup> jesuita. No obstante, para que el lector pueda juzgar con pleno

---

**11.** Sin coma (ed. 1852). [N. del E.]

**12.** Tras finalizar el tomo I, Balmes realiza unas Notas sobre el contenido de los capítulos. [N. del E.]

**13.** Sin coma en ed. del '48; sí en la del '52. [N. del E.]



conocimiento de causa, pongo a continuación un notable pasaje del filósofo escocés, por el cual se verá la coincidencia de algunas de sus observaciones con las del filósofo napolitano. Me inclino a creer que si Dugald-Stewart hubiese leído a Vico, no se quejaría de la *confusión* con que explicaron esta doctrina varios autores antiguos y modernos.

«El carácter particular de esta especie de evidencia llamada demostrativa, y que tan marcadamente distingue las conclusiones matemáticas de las de otras ciencias, es un hecho que debe haber llamado la atención de cualquiera que conozca los elementos de la geometría; y sin embargo yo dudo que su causa haya sido señalada de una manera satisfactoria». Locke nos dice: «lo que constituye la demostración es la evidencia intuitiva de cada paso del raciocinio»; convengo en que si esta evidencia faltase en un solo punto, toda la demostración se arruinaría; mas no creo que la evidencia demostrativa de la conclusión dependa de esta circunstancia, aun cuando añadiésemos esta otra condición sobre la cual Reid insiste mucho: «que para la evidencia demostrativa es necesario que los primeros principios sean intuitivamente ciertos». Al tratar de los axiomas, hice notar la inexactitud de esta observación, manifestando además que en las matemáticas, los prime[362]ros principios de nuestros raciocinios no son los axiomas sino las definiciones. Sobre esta última circunstancia, es decir, sobre esta condición de discurrir partiendo de definiciones, se [523] debe fundar la verdadera teoría de la demostración matemática. Voy a desenvolver aquí extensamente esta doctrina, indicando al mismo tiempo algunas de las consecuencias más importantes que de ella dimanar. «Como no quiero reclamar injustamente los honores de la invención, debo comenzar por declarar que la idea matriz de esta doctrina ha sido manifestada y aun desenvuelta con extensión por diversos autores tanto antiguos como modernos; pero en todos ellos se la encuentra de tal modo confundida con otras consideraciones del todo extrañas al punto de la discusión, que la atención del autor y del lector se distrae del único principio del cual depende la solución del problema.

.....  
.....  
.....

Hemos visto ya en el primer capítulo de esta parte que mientras en las demás ciencias las proposiciones que se han de establecer expresan siempre hechos reales o supuestos, las demostradas en las matemáticas enuncian sim-

plemente una conexión entre ciertas suposiciones y ciertas consecuencias. Así en las matemáticas nuestros raciocinios tienen un objeto muy diferente del que nos sirve en los otros usos de las facultades intelectuales; pues que se proponen no consignar verdades relativas a existencias reales, sino determinar la filiación lógica de las consecuencias que dimanen de una hipótesis dada. Si partiendo de esta hipótesis raciocinamos con exactitud, es claro que nada puede faltar a la evidencia del resultado, pues que este se limita a afirmar un enlace necesario entre la suposición y la conclusión; en las otras ciencias, aun suponiendo evitada la ambigüedad del lenguaje, y rigurosamente exactos todos [363] los pasos de la deducción, nuestras conclusiones serían siempre más o menos inciertas, pues que en definitiva estriban sobre principios que pueden corresponder o no corresponder con los hechos». (P. 2, Cap. 2, Secc. 3). Esta es exactamente la doctrina de Vico sobre la causa de la diferencia en los grados de evidencia y certeza; bien que este filósofo eleva a un sistema general, para explicar el problema de la inteligencia, lo que el escolás solo consigna como un hecho para señalar la razón de la evidencia matemática. El P. Buffier (*Trat. de las primeras verdades*, P. 1, Cap. 11) explica lo mismo con mucha claridad.

He dicho también que atendida la infatigable laboriosidad que [524] distingue a los alemanes, no fuera extraño que hubiesen leído a los escolásticos: esto se confirma, si se advierte que Leibnitz recomienda mucho esta lectura; y no es regular que se hayan olvidado del consejo de un autor tan competente, los alemanes más modernos.

Entre los varios pasajes de Leibnitz sobre los escolásticos, prefiero aducir el siguiente que me parece sumamente curioso. «La verdad está más difundida de lo que se cree; pero con harta frecuencia se la halla envuelta, debilitada, mutilada, corrompida con adiciones que la echan a perder, o la hacen menos útil. Notando esas huellas de verdad en los antiguos, o para hablar más generalmente, en los *anteriores*, se sacaría oro del fango, el diamante de su mina, luz de las tinieblas; y esto sería en realidad *perennis quaedam philosophia*. Hasta se puede decir que se notaría algún progreso en los conocimientos. Los orientales tienen ideas grandes y hermosas sobre la divinidad; los griegos añadieron el raciocinio y una forma científica; los Padres de la Iglesia desecharon lo que había de malo en la filosofía de los griegos: pero los escolásticos trataron de emplear útilmente para el cristianismo lo que había de aceptable en [364] la filosofía de los paganos. Repetidas veces he dicho:

*aurum latere in stercore illo scholastico*<sup>14</sup> barbarico; y desearía que se pudiese encontrar algún hombre hábil, versado en esta filosofía irlandesa y española, que tuviese inclinación y capacidad para sacar lo que en ella hay de bueno. *Estoy seguro que su trabajo sería recompensado con muchas verdades bellas e importantes.* En otro tiempo hubo en Suiza un escritor que *matematizó* en la escolástica; sus obras son poco conocidas; pero lo que de ellas he visto me ha parecido profundo y digno de consideración». (Carta 3 a M. Remond de Montmort).<sup>15</sup>

Así habla Leibnitz, uno de los hombres más eminentes de los tiempos modernos, y de quien Fontenelle ha dicho con razón, que «conducía de frente todas las ciencias». Véase pues si anduve descaminado al recomendar el estudio de aquellos autores, a quien desee adquirir en filosofía conocimientos profundos. Aun prescindiendo de la utilidad intrínseca, sería conveniente dicho estudio para poder juzgar con conocimiento de causa<sup>16</sup> unas escuelas que, valgan lo que valieren, ocupan una página en la historia del espíritu humano. [525]



14. Con “h” en la ed. de 1852; en las otras ediciones referidas aparece “*scholastico*”.

15. Cita de Leibnitz que Balmes recoge de su carta 3 a Remond de Montmort: «Lettre a Rémond, 26 agosto 1714» (*Die Philos. Schr.*, ed. de C.J. Gerhardt, t. III, pp. 424-425). Cfr. G.W.F. LEIBNIZ, *Pensamientos*, s.l., 1934, vol. 72 de Nueva Biblioteca Filosófica, p. 160. La conocida sentencia de Leibnitz «*aurum latere in stercore illo scholastico barbariei*» se contextualiza así en esta tercera carta tematizada sobre las utilidades del estudio de las antiguas filosofías: «La vérité est plus répandue qu'on ne pense; mail elle est très souvent fardée, et très souvent aussi enveloppée, et même affoiblie, mutilée, corrompue par des additions qui la gâtent, ou la rendent Moniz utile. En faisant remarquer ces traces de la vérité dans les Anciens, ou, pour parler plus généralement, dans les antérieurs, ont tireroit l'or de la boue, le diamante de sa mine, el la lumière des ténèbres; et ce seroit en effet *perennis quaedam Philosophia*. On peut même dire, qu'on y remarqueroit quelque progrès dans les connoissances. Les Orientaux ont de belles et de grandes idées de la Divinité. Les Grecs y ont ajouté le raisonnement et une forme de science. Les Pères de l'Eglise ont rejezté ce qu'il y avoit de mauvais dans la Philosophie des Grecs; mais les Scolastiques ont tâché d'employer utilement pour le Christianisme, ce qu'il y avoit de passable dans la Philosophie des Payens. J'ai dit souvent *aurum latere in stercore illo scholastico barbariei*; et je souhaiterois qu'on pût trouver quelque habile homme versé Dans cette Philosphie Hibernoise et Espagnole, qui eut de l'inclination et de la capacité pour en tirer le bon. Je suis sùs qu'il trouveroit sa peine payée par plusieurs belles et importantes vérités. Il y a eu autrefois un Suisse qui avoit mathématisé dans la Scolastique. Ses ouvrages sont peu connus; mai ce que j'ai vu m'a paru profond et considerable.» (*Pensées* de Leibnitz sur la religion et la morale, 2<sup>a</sup> ed., Paris, V. Nyon Libraire – Librairie de la Société Typographique, 1803, tomo II, pp. 443-444). La carta completa, más extensa, y la respuesta de Remond del 2 de septiembre de 1714, pueden cotejarse en la correspondencia entre «Leibnitz und Remond. 1713-1716», en *Die philosophischen Schriften von Gottfried Wilhelm Leibniz*, ed. de C.J. Gerhardt, Berlín, 1887, t. III, pp. 624-625 (vii) y 626-629 (viii). En español, la correspondencia Leibnitz-Remond está proyectada como parte III (27 cartas) en el vol. 19 de la edición “Leibniz en español” (2007 y ss.): *Correspondencia. IV*, a cargo de Juan A. Nicolás y M. Mendonça en la Editorial Comares (Granada). [N. del E.]

16. Suprimida la coma en ed. 1852. [N. del E.]